

Los dos pilares de la salvación



Charles H. Spurgeon

El Púlpito del Tabernáculo Metropolitano

Los dos pilares de la salvación

Nº 2357

Sermón predicado por Charles Haddon Spurgeon en el Tabernáculo Metropolitano, Newington, Londres, la noche del Domingo 19 de Febrero de 1888, (y leído la mañana del Domingo 22 de Abril de 1894).

“Creemos en el que levantó de los muertos a Jesús, Señor nuestro, el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación”. — Romanos 4: 24, 25.

La fe, la verdadera fe salvadora, es la misma en todas las épocas. Puede ejercerse sobre cosas diferentes, pero la fe de Abraham es la misma fe que había en el corazón de Pablo; y la fe de Pablo era precisamente la misma fe que hay en el corazón de todo creyente en el momento presente. Tenemos “una fe igualmente preciosa” con los hombres piadosos de todas las épocas. Es siempre la misma fe, como es siempre el mismo Dios, y el mismo Salvador.

En este capítulo, Pablo nos muestra que hay una notable semejanza entre la fe del creyente de ahora y la fe de Abraham. La fe de Abraham le llevó a creer que Dios era capaz de revivir incluso a los muertos, y eso es precisamente lo que nosotros también creemos. Abraham creía —a pesar de tener más de cien años de edad y de que su esposa contaba igualmente con una avanzada edad— que podrían ser vivificados de tal manera por el poder de Dios, que serían los padres de la simiente prometida por Dios; y, aunque Sara se había reído una vez, y yo me imagino que Abraham tenía a veces sus ataques de desaliento, perseveraron en la convicción solemne de que sucedería como el Señor les había prometido; y llegó el día en que Sara se rió en otro sentido, pues le nació un niño, que fue llamado: “Isaac”, esto es: “Risa”, debido al gozo con el que llenó el hogar y los corazones de sus padres. Así, pueden ver que Abraham creyó que Dios podía revivir a los muertos —a pesar de que tanto él como su esposa estaban muertos para

toda posibilidad de ello— y que habría de nacerles un heredero de manera natural.

Más adelante en la historia del patriarca, Dios probó su fe de nuevo. Le ordenó ir y tomar a su hijo, a su único hijo a quien amaba, para ofrecerlo en sacrificio sobre el monte Moriah. Abraham únicamente deseaba saber qué era lo que Dios le ordenaba, y estaba presto a obedecerle. No le correspondía razonar el porqué, o replicar; le correspondía obedecer; así que completó sus tres días de camino, y su hijo bienamado cargó sobre sí la leña para el sacrificio. Fueron a la cumbre del monte, y Abraham sacó su cuchillo para matar a su hijo. Su mano fue divinamente detenida en el momento preciso, y en lugar de Isaac fue ofrecido un carnero. Una razón por la cual Abraham fue capaz de dar esta prueba suprema de obediencia es porque estaba seguro de que Dios guardaría Su promesa, y de que, incluso si su hijo había de morir, Dios le resucitaría de los muertos. Éste parece haber sido el punto al que su fe siempre llegó: que Dios podía resucitar a los muertos, que podía hacer aquello que los hombres llaman ‘imposibilidades’, que lo que no estaba dentro del alcance de la naturaleza humana era sumamente fácil para ese brazo eterno para cuyo poder no hay ningún límite.

Ahora, amados, este es uno de los artículos de nuestra fe cristiana: creer que Dios puede resucitar a los muertos. Si somos verdaderos creyentes, ustedes y yo creemos que Dios resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesús, el grandioso Pastor de las ovejas. Nosotros creemos que Jesús en verdad murió y fue enterrado en el sepulcro de José de Arimatea, pero que en el tercer día resucitó y dejó la tumba para no morir más. Nosotros creemos muy firmemente que la resurrección es un hecho; no se trata de una ficción, ni de un trozo de poesía, sino de un asunto que realmente ocurrió, como cualquier otro hecho histórico confiable, y lo aceptamos sin dudar. También creemos que nosotros también, aunque muramos, viviremos de nuevo; y que, aunque los gusanos devoren este cuerpo, en nuestra carne hemos de ver a Dios. Al sonido de la trompeta del arcángel los muertos en Cristo resucitarán, y todos los muertos provenientes de la tierra y del mar se congregarán delante del gran trono blanco. Sin importar cuán esparcidas pudieran haber estado las partículas de sus cuerpos de diez mil maneras tortuosas, no importa; el cuerpo que fue sembrado en debilidad

será resucitado en poder, el cuerpo que fue sembrado corruptible será resucitado en la incorrupción. Nosotros creemos sinceramente ésto. Y nuestra fe cree también que, incluso ahora, en lo tocante a las cosas espirituales, aunque por naturaleza estamos muertos para las cosas de Dios, Él puede resucitar a los muertos.

Cuando nos sentimos abrumados y embotados, y la música de nuestra adoración se arrastra fatigosamente, nosotros creemos que Dios puede revivirnos; y aunque conocemos a muchas personas que no tienen vida espiritual en este día y están lejos de Dios por sus obras perversas, nosotros vamos y les hablamos del Evangelio eterno con la plena persuasión de que puede resucitar a los muertos, a quienes están muertos en sus delitos y pecados. Aun estando muertos, vivirán. Nosotros creemos ésto, y nos regocijamos.

Pienso que les he mostrado que la fe de Abraham es una muestra fiel de la fe de todos los creyentes, y de esta manera él es el padre de todos los creyentes y todos los hijos guardan un parecido familiar. En todos los casos tienen fe en Aquel que puede revivir a los muertos.

Ahora vayamos a nuestro texto, y lo voy a tratar brevemente con el intenso deseo de que si alguien quisiera encontrar el camino de la salvación, lo encuentre esta noche. La verdadera fe es de este carácter: “Creemos en el que levantó de los muertos a Jesús, Señor nuestro, el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación”.

I. Primero, NUESTRA FE MIRA A DIOS, EL PADRE, EN EL ASUNTO DE LA SALVACIÓN. Nosotros no solamente miramos a Jesucristo, como algunos dicen que hacemos; sino que “Creemos en el que levantó de los muertos a Jesús, Señor nuestro” y no creemos solamente en “Jesús, Señor nuestro”. Nosotros efectivamente creemos en Él, pero también creemos igualmente en Dios, que resucitó a Jesús, Señor nuestro, de los muertos.

Sobre este punto hay una fe errónea en dos sentidos; y es aflictivo ver cualquiera de las formas de este error, puesto que estropea la belleza de la verdad divina. Algunos prescinden del Padre. Hablan de Jesús como si le debiéramos a Él, y sólo a Él, nuestra salvación. Estamos

inmensurablemente endeudados con Él, ¡bendito sea Su nombre! Pero Jesús no salva sin el Padre, o aparte del Padre, o en contra de la voluntad del Padre.

Me encanta la expresión que es usada en el Libro de Génesis, concerniente a Abraham y a su hijo, cuando se dirigían al monte del sacrificio. Está escrito: “Fueron ambos juntos”; y en el grandioso sacrificio que fue hecho por el pecado humano, podría decirse acerca del Padre Divino y de Su igualmente Divino Hijo: “Fueron ambos juntos”. Hubo un acuerdo y un avenimiento secretos entre el Padre y el Hijo concernientes a nuestra redención, y el Padre recibe nuestro amor y gratitud de la misma manera que el Hijo los recibe. Jesús se entregó por nosotros, pero el Padre entregó a Jesús, Su otro yo. Jesús dice: “Yo y el Padre uno somos”. Podría decir, en un cierto sentido, que fue Dios, el Padre, quien sufrió por nosotros, pues Él dio a Su Hijo, a quien amó, para que sufriera por cuenta nuestra; entregó al amado de Su corazón, y en la persona de Su Hijo se convirtió en nuestro Salvador. Es “Dios nuestro Salvador” así como también “Jesucristo nuestro Salvador”. Nunca separen al Padre del Hijo en la obra de la redención; Jesús no vino a este mundo a morir para hacer que Su Padre fuera clemente. No, el pacto de gracia fue hecho desde la eternidad, y Jesús vino para cumplir una estipulación del pacto que establecía que le incumbía sufrir. El amor del Padre es desde la eternidad, y la muerte de Jesús es uno de los torrentes que fluyen de esa eterna fuente. El Padre ha de ser alabado pues entregó a Su Hijo y resucitó a Su Hijo de los muertos, y no hemos de olvidar nunca la gracia que ha manifestado de esta manera para nuestra salvación. Por tanto, nunca hemos de caer en el error de aquellos que pasan por alto la parte del Padre en nuestra redención.

Sería un error igualmente pernicioso que pasáramos por alto al Hijo. ¡Oh!, cuántas personas hablan acerca de Dios, y oran a Dios, y hablan de la misericordia de Dios, pero, ¿qué tienen que ver con Dios si ignoran o desprecian a Su Hijo? Dios no te oirá, no responderá a tus oraciones, si no vienes a Él por Jesucristo. Sólo hay una manera de venir al Padre y es por medio de Su Hijo Jesucristo; y no podrías acercarte a Dios sin el único mediador entre Dios y los hombres. ¿Por qué ordenó un Mediador, y por qué ese Mediador derramó Su sangre, si ustedes y yo pudiéramos acercarnos a Dios sin necesidad de Su sacrificio propiciatorio?

No, amados, nosotros creemos en Jesucristo, así como también en el Padre. Creemos en el Padre, pero creemos en Él como el Dios que resucitó a Jesucristo, nuestro Señor, de los muertos. No es el Padre sin el Hijo quien salva, ni es el Hijo sin el Padre, ni son éstos dos sin el Divino Santo Espíritu bendito para siempre. Se requiere de toda la Trinidad para hacer un cristiano, y toda la Trinidad, cooperando en una Divina Unidad, ha de ser alabada y adorada por nuestra salvación.

Pero, ahora, ¿qué dice el texto al ordenarnos confiar en Dios, el Padre, en nuestra salvación? Bien, dice, primero, que Él entregó a Su Hijo. Acerca de Jesús, leemos aquí: “el cual fue entregado por nuestras transgresiones”. Sabemos quién fue el que lo entregó, pues tenemos en esta misma Epístola el texto: “El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?” Fue el Padre quien entregó a Su Hijo para ser revestido de carne humana, fue el Padre quien entregó a Su Hijo para ser despreciado y desechado entre los hombres, fue el Padre quien entregó a Su Hijo al beso del traidor y al cruel trato de la soldadesca romana, fue el Padre quien entregó a Su Hijo al azote, y luego a la cruz y a la amargura de la propia muerte. El Padre entregó a Su Hijo para que muriera por los pecadores. Esta fue la prueba suprema del amor del Padre por nosotros.

Y luego, en seguida, se nos instruye que, a su tiempo, fue el Padre quien resucitó a Jesús de los muertos: “Creemos en el que levantó de los muertos a Jesús”. Se habla de la resurrección de Cristo de diferentes maneras en la Escritura; pero entre otras declaraciones, se dice expresamente que fue obrada por el poder del Padre. Bien, entonces, hemos de agradecerle por un Cristo vivo, un Cristo resucitado. Fue el Padre quien sopló de nuevo la vida en ese cuerpo muerto, y trajo a nuestro Redentor de nuevo a la vida; fue el Padre quien ordenó a los ángeles que rodaran la piedra de la boca del sepulcro cuando despuntó la mañana de la resurrección.

Y recuerden que así como estas dos cosas: la entrega de Cristo y la resurrección de Cristo de los muertos, son atribuidas al Padre, así también los dos frutos provenientes de ellas son también del Padre. El primer fruto es el perdón del pecado: “El cual fue entregado por nuestras transgresiones”. El segundo fruto es la justificación: “y resucitado para

nuestra justificación”. Ambos son obra del Padre; es el Padre quien perdona, y es el Padre quien justifica. “Dios es el que justifica”, dijo Pablo, transportado en una suerte de éxtasis divino: “Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará?” Así que no podemos tener fe en Jesús, aparte del Padre. Regresando al punto del cual ya les he hablado —para tratar de dar en el clavo y remacharlo— no miramos a Jesús aparte del Padre, así como tampoco miramos al Padre aparte de Jesús; pero ésta es la verdadera fe escritural: “Creemos en el que levantó de los muertos a Jesús, Señor nuestro, el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación”.

Ahora, alma, si quisieras ser salvada, antes que nada es necesario que confíes tu alma en las manos de Dios, el fiel Creador, viendo siempre asociadas con ellas las manos del Señor Jesucristo, Dios y hombre, que murió y resucitó para quitar el pecado. Esa fe ejercida ahora te salvará de inmediato, y te salvará por los siglos de los siglos.

II. Ahora doy un paso hacia adelante, y llego al segundo encabezado: LA FE QUE SALVA SE OCUPA DE JESUCRISTO COMO NUESTRO. Pongan atención a ésto: la fe verdadera no mira a ninguna otra cosa que sea nuestra. Cuando mira al interior, esta fe no ve nada que valga la pena tener, y nada que sea digno de confianza para nuestra salvación. Por tanto, clama en contra de su propia justicia, que es por la ley, y sólo desea considerarla como trapo de inmundicia. Contempla a Jesucristo, sin embargo, como a su real tesoro.

¿Notan, en mi texto, que la palabra “nuestro” es repetida tres veces? Simplemente marquen con un lápiz debajo de ese pequeño pronombre cada vez que es mencionado. La verdadera fe recibe a Jesucristo como “nuestro” Señor Jesús: “Jesús, Señor nuestro”, nuestro Jesús, nuestro Salvador; no es únicamente un Salvador, sino que es nuestro Salvador; y siendo Señor, así como Salvador, le reconocemos como nuestro Señor Jesús, le tomamos como nuestro Señor. Así es como Él mismo lo expresa: “Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí”. Nosotros deseamos hacer eso. Ésta, entonces, es la fe verdadera y sincera que salva al alma, la fe que se apropia de Jesús como nuestro Salvador y como nuestro Señor.

Y la siguiente apropiación es que la verdadera fe ve a Cristo como entregado por “nuestros” pecados: “El cual fue entregado por nuestras transgresiones”. Eso quiere decir, las transgresiones de ustedes y las mías: “nuestras ofensas”. Oh, mis queridos oyentes, de poco nos serviría creer que Jesucristo fue entregado por las ofensas de aquellos que vivieron en épocas pasadas; debemos creer que fue entregado por nuestras ofensas; no nos salvará que creamos que Jesucristo fue entregado por los pecados de naciones lejanas a nosotros; no, sino que debemos creer que fue entregado por nuestras ofensas. Ésta es la fe que dice: “Jesucristo llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero”. Aférrate al Salvador como el que lleva tu pecado. “Mirad a mí” —dice— “y sed salvos, todos los términos de la tierra”. Has de verlo a Él, has de verlo en este instante; tú eres salvo en el momento en que miras. Confía en Él como tu Salvador; tócalo, como lo hizo la mujer de antaño; te bastaría si sólo pudieras tocarlo por medio de la fe, y al instante serías salvado de todas tus transgresiones, pues la verdadera fe cree que “fue entregado por nuestras transgresiones”.

Y luego, a continuación, la verdadera fe salvadora se apropia de Cristo como resucitado para “nuestra” justificación. Es una doctrina escritural que somos justificados por medio de la muerte de Cristo; pero no han dejarla simplemente como una doctrina, sino que han de apropiársela por fe, y convertirla en una experiencia, según dice el texto: “el cual fue resucitado para nuestra justificación”. ¿Para la justificación de quién? De ustedes, queridos amigos, y la mía: “Para nuestra justificación”. Me gusta más, a veces, la palabra “nuestra” que la palabra mía. Cuando estoy completamente solo, algunas veces oro: “Padre mío que estás en el cielo”. Con todo, estoy agradecido porque el Señor no pronunció así la oración modelo que dio a Sus discípulos, sino que dijo de esta manera: “Padre nuestro”, esto es, el Padre de ustedes, y el mío, y el de todos nosotros los que amamos Su amado nombre, y confiamos en Su amado Hijo. Sí, Jesús fue resucitado para mi justificación; le alabo por ese glorioso hecho.

Yo veo frente a mí cada mañana, cuando me estoy lavando, este pasaje: “El cual me amó y se entregó a sí mismo por mí”; y le doy gracias al Señor porque es verdad; pero, aun así, me gusta esta palabra: “nuestra” en nuestro texto: “el cual fue resucitado para nuestra justificación”. La expresión “nuestra justificación”, ¿quiere decir la justificación de ustedes, queridos

amigos, y también la mía? ¿Quién quiere sentarse conmigo en el carruaje de dos asientos de este precioso pronombre: “nuestra”, diciendo: “el cual fue resucitado para nuestra justificación”?

De esta manera les he enseñado dos lecciones: la primera es que nuestra fe mira a Dios el Padre en la salvación; y la segunda es que nuestra fe se ocupa de que Cristo es nuestro.

III. Ahora, en tercer lugar, NUESTRA FE PARA LA SALVACIÓN SE APOYA EN LA MUERTE Y EN LA RESURRECCIÓN DE CRISTO: “El cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación”.

Observen, entonces, que una fe que sólo se ocupa de la narración histórica de la vida de Cristo no los salvará. Si creen que hubo una persona como Jesucristo, aun si creyeran que fue Dios y hombre, si creyeran todo lo que Mateo, y Marcos, y Lucas y Juan escribieron, así como también lo que dicen todas las Epístolas, empero, si creyeran ésto sólo en el sentido de que son verdades históricas, no habrían alcanzado todavía la fe salvadora; deben ir más allá de eso si han de poseer la fe mencionada en nuestro texto.

Noten, a continuación, que una fe en la belleza de la vida de Cristo no ha de salvarlos. Últimamente ha surgido un grupo de infieles de un carácter muy superior al de aquellos infieles de los tiempos antiguos, en algunos sentidos. En vez de ultrajar a la religión cristiana, han escrito vidas de Cristo, y han derramado todo tipo de loas sobre el carácter maravilloso y encantador del hombre Cristo Jesús. Ahora, fíjense bien, yo creo que a Cristo no le gusta más esa alabanza de ellos que las blasfemias de aquellos que les precedieron, porque si Jesús de Nazaret no era el Hijo de Dios, si realmente no era Dios, el Hijo, no pudo haber sido un buen hombre. Su carácter moral, aunque admirable en muchos sentidos, se habría visto dañado por el hecho de haber permitido ser adorado, y por haber hablado de Sí mismo de tal modo que millones de personas como nosotros creemos que verdaderamente es Dios; y sabiendo y viendo por anticipado, como un hombre así debió haberlo hecho, que ésto sería el resultado de Su enseñanza, hubiera sido un vil impostor si realmente no fuera Dios verdadero de Dios verdadero.

Por tanto, aunque tú creas que el carácter de Cristo es hermoso, pero no crees también que Él es el Hijo de Dios, todavía no vas por el camino indicado, no posees la fe de los elegidos de Dios; tú tendrías que ir por otro camino y no por el que vas, si quieres llegar al final al cielo, donde Él está.

Hay algunas personas que no creen verdaderamente, aunque tengan fe en la veracidad de la enseñanza de Cristo. “Sí” —dicen— “Él es un Maestro maravilloso, y todo lo que enseñó es verdad”; pero, luego, no creen eso en la práctica. Ellos aceptan simplemente la doctrina, y no al Dios, al Cristo que les dio la doctrina. Ejercitan simplemente su cerebro intelectualmente, pero no confían en Él espiritualmente, con su corazón. No confían en Dios, que resucitó a Cristo de los muertos. De hecho, después de todo, no construyen sobre las dos principales piedras de cimiento de la fe salvadora, es decir, la muerte y la resurrección de nuestro Señor Jesucristo.

Me aventuro a decir también que ustedes podrían tener la más ortodoxa fe en la Deidad de Cristo, y creer en Jesús como su Señor; pero si eso es todo lo que creen, no han obtenido todavía la salvación. La fe que salva se centra en Él, “el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación”. Si tú quieres ser salvado, fija tus ojos en los sufrimientos del Hijo de Dios.

Mira, alma mía, a tu Salvador mira,
Postrado en Getsemaní.

Yo sé que una mirada a Su vida te hará bien, pues será un ejemplo para ti; pero no se te pide que mires a Su vida para tu salvación. Tus ojos han de posarse en Él como entregado por tus ofensas. Has de verle siendo acusado por el pecado, aunque en Él no hubo pecado. Has de verle siendo hecho pecado por tu causa, como tu Sustituto, estando en tu lugar, y sufriendo en tu posición, siendo entregado por tus ofensas. Si puedes ver ésto, entonces tú tienes tus ojos fijos sobre aquello que te salvará, que es: ver al Padre poner tu pecado sobre el Hijo, hacer que sea expiado por Él, ver al Padre herir al Hijo como si fuera no sólo un pecador, sino todos los pecadores del mundo congregados en uno, hasta hacer que el Hijo clame: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” “El cual fue entregado por nuestras transgresiones”, allí radica su única esperanza. Si no quieren recibir a Cristo como su Sustituto, muriendo en el lugar de ustedes, no conozco ninguna

otra puerta de salvación para ustedes; pero si lo reciben, tal como Dios lo entrega, no para la justicia de ustedes, sino por sus pecados, para soportar por ustedes lo que ustedes debían soportar, y pagar por ustedes lo que ustedes nunca habrían podido pagar, entonces han recibido a Cristo de la manera correcta.

Pero también deben creer en Él como siendo resucitado de los muertos. Él, efectivamente, resucitó de los muertos, y vive siempre para interceder por nosotros; y es bajo ese aspecto que ustedes tienen que ser justificados, limpiados por un agonizante Salvador, vestidos por un Salvador resucitado, limpiados de su iniquidad por Su sangre preciosa, resucitados en la aceptación del Padre por Su vida sempiterna cuando resucitó de los muertos y llevó cautiva la cautividad, y dio dones a los hombres, sí, incluso a los rebeldes.

He aquí, entonces, las columnas Jaquín y Boaz, las dos monumentales columnas que sostienen el templo de nuestra salvación. Entre estas dos grandes verdades: la muerte de Cristo por nosotros y la resurrección de Cristo por nosotros, yace el camino del Rey hacia la vida eterna, y no existe ningún otro camino para la salvación.

IV. Concluyo con el cuarto punto: que NUESTRA FE DEBERÍA APRENDER A VER LA CLARA RELACIÓN DE CADA OBRA DE CRISTO CON SU FIN: “El cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación”. Al principio, basta que un pobre pecador confíe en Cristo, y que no haga nada más; pero, para nuestro consuelo y edificación, nos conviene aprender a distinguir las bendiciones que fluyen de ciertas fuentes divinas, y tomar los diversos senderos del gran Rey para ver qué encontramos en este sendero y qué encontramos en aquel otro sendero.

Primero, entonces, queridos amigos, nuestro perdón nos viene de la muerte de Cristo: “El cual fue entregado por nuestras transgresiones”. No hay perdón de pecado si Cristo no es entregado por nuestras ofensas. Últimamente, he oído cosas que no había soñado oír antes, alegadas incluso por ministros que profesan ser cristianos, en contra de las doctrinas fundamentales de la Palabra de Dios; y algunos se han atrevido a decir que la sustitución de Cristo, Su sufrimiento en lugar nuestro, no fue justa. Han

agregado que Dios perdona el pecado sin ninguna propiciación de ningún tipo; pero, si la primera afirmación no es justa, ¿qué diré de la segunda? Si Dios perdona continuamente el pecado sin tener ningún cuidado de Su gobierno moral, si no se hace nada para la vindicación de Su justicia, ¿cómo haría lo justo el Juez de toda la tierra? Entonces, los propios cimientos del universo serían suprimidos, y ¿qué harían los justos?

Pueden estar muy seguros de ésto: que sin importar lo que diga la moderna filosofía, “Sin derramamiento de sangre no se hace remisión de los pecados”, es decir, sin una expiación, y una expiación consistente en la entrega de una vida de infinito valor, no se puede pasar por alto la transgresión humana.

Pero, ¿cómo es que la muerte del Señor Jesucristo está disponible para el perdón del pecado? Yo respondo, primero, que es en parte por la majestad de Su persona. Siendo Dios, cuando asumió nuestra naturaleza y se hizo Dios y hombre, tenía en Su adorable y compleja persona una divinidad y una majestad completamente indescriptibles; y que Él muriera fue un mayor honor para la severa justicia de Dios, que si toda la masa de hombres rebeldes fuera arrojada en el infierno. Hubo tal vindicación de la justicia divina en el hecho de que Cristo fuera clavado al madero, que no es concebible que ninguna otra cosa hubiera podido establecer jamás los cimientos de la moralidad y de la justicia.

¡Oh, señores, Cristo es infinitamente mejor que todos nosotros considerados juntos! Como Hijo de Dios, y Dios el Hijo, Él es mayor que todo el resto de los hombres a lo largo de todas las edades, y también es mayor que todos los santos ángeles; y si Él debe sufrir, si Él debe morir cuando el pecado sólo le es imputado, y no es realmente Suyo, entonces Dios es verdaderamente justo al tomar venganza sobre Su Unigénito Hijo cuando ocupa el lugar del pecador.

La siguiente razón por la que la muerte de Cristo por nosotros fue tan eficaz, se encuentra en la libertad de Su propia condición. Como Dios, Él no estaba obligado a someterse a la ley; en verdad, debe de haber parecido inconcebible que lo hiciera una vez. Yo no podría hacer una expiación por ustedes, porque cualquier cosa que yo hiciera para Dios, ya era una deuda mía para con Dios. Si diera todo lo que poseo, no podría pagar mi propia

deuda; entonces, ciertamente, no podría pagar la deuda de ustedes. Pero nuestro Señor Jesucristo no le debía nada a la ley de Dios; no era posible que Él estuviera personalmente endeudado con ella; y, por tanto, todo lo que Él hizo fue, por decirlo así, un excedente que puso a la cuenta de los seres culpables de quienes se convirtió en el Sustituto.

La excelencia de Su expiación radica también en la absoluta perfección de Su carácter. Él era el Cordero de Dios, sin culpa ni mancha. No hay nada que sobre en Él, y no hay nada que falte; y un carácter como el Suyo le daba el derecho —cuando llegó a sufrir— a decir que no sufría por Su propia causa. El Mesías entregó Su vida, y le fue quitada, “Mas no por sí”, puesto que no tenía pecado, y no estaba bajo ninguna obligación para con la ley.

Y además, ser cabeza de Su pueblo le puso en una posición en la que apropiadamente podía convertirse en un sufriente en lugar nuestro. Miren ustedes, señores, que la primera causa de su caída no radicó en ustedes. Su padre, Adán, pecó hace mucho tiempo, y ustedes cayeron en Adán. ¿Culpan a Dios por ese arreglo, y comienzan a ponerle objeciones? ¡He aquí la puerta de esperanza que hay para ustedes en este hecho! Debido a que cayeron a través de un representante, pueden ser restaurados por otro representante.

Cuando los ángeles cayeron, yo supongo que pecaron separadamente, y que no tenían una cabeza federal, como la que tuvimos nosotros. Ellos transgredieron, cada espíritu individual por sí mismo; y por tanto, cayeron eterna e irremediabilmente, y ninguno de ellos puede ser levantado de nuevo.

Pero nuestra caída, felizmente para nosotros, fue en nuestra cabeza del pacto: Adán. Hay solidaridad de la raza; Adán fue su cabeza, y cuando él pecó, nosotros caímos en él. Como nuestra caída fue de esa manera, es reparable por medio del plan divino de la intervención de otra Cabeza, que guardó la ley por nosotros y sufrió el castigo de esa ley en nuestro lugar y condición, para que por ese medio pudiéramos ser restaurados.

¡Oh, hermanos y hermanas, yo desearía que ustedes sintieran tanto gozo y deleite como los que siento por esta maravillosa doctrina de Cristo

entregado por nuestras ofensas! Yo me retiro a dormir por las noches pensando en eso. “Sí” —dicen— “te hace dormir”. En efecto, y me despierto en la mañana con lo mismo, y me mantiene alerta durante todo el día con una tesonera resolución de servir a mi Dios y Señor mientras pueda, venga lo que venga. Esta verdad es muy tranquilizadora para el corazón y a la vez es estimulante en grado sumo. Crean en ella, y encontrarán descanso para su alma, y también se verán motivados a servir a su Dios mientras todavía se diga: hoy.

Pero encuentro, a continuación, que se nos dice que habiendo sido salvados así del pecado por la muerte de Cristo, somos justificados por Su resurrección: “El cual fue resucitado para nuestra justificación”. ¿Qué quiere decir esto?

Yo les digo algunas veces que Jesucristo fue puesto en la prisión del sepulcro como un Rehén por causa nuestra. Él había pagado nuestra deuda pero debía esperar en el sepulcro hasta que el certificado que hacía constar que la deuda fue pagada, fuera registrado en la corte del cielo. Habiendo sido cumplido eso durante tres días y noches —así descritos aproximadamente, pero siendo muy breves todos ellos— descendió el refulgente mensajero del cielo, llevando el escrito y la orden judicial de que el Rehén debía salir libre, pues la deuda había sido pagada y toda la obligación había sido solventada. Entonces la piedra fue rodada, y cuando el ángel la hubo rodado, ¿qué hizo? Fue y se sentó sobre ella. Siempre me ha parecido que cuando el ángel se sentó allí, daba la impresión de decir: “Ahora, infierno y muerte, rueden de regreso la piedra, si pueden”; pero no pudieron. Los guardas huyeron y Jesucristo mismo salió a una vida nueva; y ahora tanto el pecador como su Sustituto han sido absueltos, los cautivos y el Rehén han sido puestos en libertad, el que debía la deuda es exonerado por su Sustituto, y el Sustituto mismo es absuelto, pues ha pagado todo lo que la justicia infinita podía exigir, y ha recibido un completo certificado de exoneración. Así es que sale de la vil reclusión habiendo resucitado de los muertos por la mano de Su Padre. Esa resurrección es su justificación.

Ahora, simplemente, contemplan este asunto de otra manera por un minuto. Supongan que Jesucristo no hubiera resucitado nunca, y yo les dijera que Él realizó una propiciación completa, y que murió por nuestros

pecados, pero que todavía está muerto y permanece en ese sepulcro; vamos, si ustedes creyeran el mensaje, ¡siempre se sentirían turbados! No podrían sentir ninguna confianza en un Cristo muerto; ustedes dirían: “Él ve corrupción, pero el verdadero Cristo nunca había de ver corrupción. Está muerto; y ¿qué puede hacer por nosotros un Cristo muerto?”

Amados, el Cristo moribundo ha comprado para nosotros nuestra justificación, pero el Cristo resucitado verá que la recibamos. El Cristo resucitado ha venido para traernos la justificación y en ésto confiamos.

¡Oh, que todos ustedes confiaran en la obra consumada de Jesús sobre el madero, que es expuesta ante ustedes en todo su brillo por Su resurrección de los muertos! Junten las dos partes de nuestro texto: “El cual fue entregado por nuestras transgresiones”, “y resucitado para nuestra justificación”. Necesitan ambas partes, confíen en ambas; confíen en el Salvador que murió en la cruz, y confíen en el Cristo que resucitó, y que es ahora el Cristo viviente; confíen, de hecho, en Cristo según se reveló a Juan en Patmos: “Yo soy el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos, amén. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades”. ¡Señor Jesús, como tal confiamos en Ti, como tal confiamos en Ti ahora, y somos salvos!

A handwritten signature in yellow ink, appearing to read "C. H. Anderson", is centered at the bottom of the page.